

# ENTRE EL TIEMPO Y LA ETERNIDAD

**Reflexiones (I Parte)**  
**Carlos Mejía Gutiérrez**

Trémulos, agonizantes, como si estuviéramos destruyéndonos interiormente, roídos en una morosidad aparentemente interminable, conscientes como ninguno otro de cómo llevamos en el alma ese terrible veneno que nos matará lentamente, también dolorosamente, ese letal somnífero que se llamaba sensibilidad, y entonces nos hemos sentido, nos pecataremos, lo mismo que ese agonista profundo, sobre ese pedazo de naufragio del cosmos que se llamó y se llamará "hombre", como si quisiéramos desesperadamente ingerir el néctar del olvido, el bebedizo envolvente y embriagador, y no penetrar más en nuestro "yo". Nos sentiremos profundamente adoloridos.

Beberlo apuradamente, sabremos el riesgo fatal, como lo hiciera Odiseo en sus incursiones por tierra de Lotófagos, allí mismo, en donde y para no ocasionarles males traumáticos y dolorosos a los nautas, les servían en apetitosa cena de bienvenida platos surcados de Lotos, viandas atractivas para el hambriento marino, artificioso manjar del alma que adormecerá el cuerpo, melífero vegetal que una vez consumido ya les será imposible a los invitados bucear en sus recuerdos, en su nada, el hombre no necesitaba morir. ¿Lo necesitará algún día? Sólo olvidar, los lotos hacían el efecto, mejor aún, ¿por qué no buscar sumergirnos en esas aguas del Leteo, que había descubierto Virgilio para que allí no memorásemos los pesares y pudiésemos disfrutar del goce eterno?

Pero volvamos al hombre, aún no hemos podido tomar la pócima dichosa. Veamos ese pedazo de vida a veces maltrecha y triste en que ha convertido el ser humano, solos, como si marchásemos a una guerra en donde los únicos soldados enfrentados hubiésemos sido siempre nosotros mismos, pero también en donde el solitario que medita, el luchador, fuésemos igualmente nosotros mismos.

Solos, irremediablemente solitarios, buscaremos la más entrañable y ansiada inmortalidad de la muerte.

Y, ese será el efecto certero de esos renglones del Jesuita que nos indican, cuando se ha tomado, temblorosos, entre las manos, la obrecilla que ya no se podrá dejar de lado, no existirá indiferencia, porque se nos hace necesario, se nos tornará compulsivo confrontarlo con nuestra cabal fuerza interior, con esa íntima solitaria experiencia el "ego", en esa infinita angustia de nuestro vivir cotidiano, ese sentimiento que nos desbordará algún día, exuberante, como si fuese derramada el alma, como si estuviera en celo de ascensión o en éxtasis inexplicable, como dicen suele secederles a los virtuosos de la santidad.

Para ello nada debe reposar sobre nuestra mesa de trabajo, esa envejecida madera que nos precedió y nos superará, es más infinita ella, dentro del tiempo que vivimos, que nosotros mismos, y de allí el testamento espiritual del sacerdote agonista, de nosotros mismos que reflexionamos de la intimidad del hombre que encuentra próxima su partida, del ser cuya despedida acaba de empezar.

No nos será posible referirlo, y nunca podríamos cotejarlo, quizás las especificaciones eruditas pueden servir de paliativo o droga que adormecerá temporalmente, si acudimos a ellas serán las necesarias, lo enfrentaremos solos con nuestro más profundo y sincero dolor. Será nuestro propio encuentro, simplemente lo justificaremos con un texto, tal vez un libro, aquel que se desprenderá de nuestra propia alma, porque años y años de libros, todo nos permitirá a su vez meditar, pensar, y a veces ni siquiera podremos saber si en cada palabra, quizás cada una de ellas, sólo nos pueda llevar al lacrimoso existir, al dejarnos sollozar sobre el texto, al impregnarnos de amargura total, pero será también nuestro propio testamento espiritual y debemos, de pronto lo haremos también, evadir el dejarnos contar porque nos limitaremos frente a los demás, y ya no será nuestro secreto, lo compartiremos, incluiremos allí el agotamiento de esa fecunda fantasía, nuestra más cercana y convencida vibración religiosa y literaria.

Todo empezó cuando estuvimos solos en presencia de ese cadáver, de esa muerte, nos bundíamos en la rigidez y transparencia casi cerúlea de quien muy cercana nos columbraba desde allí un plazo frente a la eternidad, frente al tiempo mismo, veíamos y conocíamos desde antes ese vaticinio que siempre ahoga el cuello y se devuelve en nuestro cuerpo hasta zaherir el corazón, ese resultado que será seguro, la muerte como si el oráculo nos la hubiese mostrado palpitante en esa figura hierática y tensa que apenas si cruzaba las manos sobre su pecho ya casino, ¿Quién cerró sus ojos? ¿Quién, quiénes escucharon sus últimas palabras?, ¿quién cruzó, quiénes, sus manos? Como para herir el lamento poético que nos aprisionará una vez más. ¡Ah!, el poeta que medita y que nos llevará de su mano etérea hacia esa misma muerte siempre extraña que diariamente estará laborando en el corazón de los hombres.

Ella traía consigo el barniz o el fulgor de quienes se aproximaban a ese sueño sin regreso, el reino de las sombras. Nuevamente el cadáver, se trataba de ese ser que cargaba como presunción de su fe la más cálida posada de un Dios que nunca entendió y al que tampoco comprendió, era su apegamiento, seco, sin condiciones, sin siquiera pensarlo porque en su amargura evadía más dolor, carecía de estratagemas filosóficas y las teológicas ni siquiera las aprendió a saborear. Se dirá que con esas condiciones habría vivido feliz cualquier ser humano, pero no fue así, todo ello no le interesaba, pero nosotros estábamos ahí, cerca al catafalco que aún nos permanece, que oscilará como el péndulo del pesimista sobre nuestra mente, como si se hubiese incrustado dentro del reloj del tiempo y que va marcando el pensamiento, que marcará nuestros deseos y que a su vez determinará nuestro sino final. Los hermanos lo escogieron, hermoso en su sobriedad, y dentro, la misma rigidez de antes, la misma blancura transparente, el mismo rostro sereno, la ingenua presencia del alma que acaba de pasar la anchura, para ello sólo podrá serlo la puerta sin bronce de ese paraíso tantas veces imaginado y presentado y otras tantas como una inmensa exclusa que necesariamente se le había abierto en una totalidad deslumbrante. Pero, ahí quedamos nosotros, otra vez, en nuestra lucha pensando que quizás habrá muerto de la nostalgia de ese hijo ausente, ¿o presente siempre? De esa enfermedad más gravosa que cualquiera otra de esas que se connaturalizan con mayor apegamiento en los tejidos de una anciana, y ella, que hiciera como Laertes al recordar a su hijo Odiseo, en señal de congoja, arrojará sobre su cabeza un magro puñado de tierra, pero nuevamente ahí permanecíamos nosotros como si se midiera en un segundo la distancia que el sacerdote ya habría recorrido: "Entre el Tiempo y la Eternidad".

Como si quisiéramos que hubiese sido un vago sueño, el alma es todopoderosa cuando sueña, como lo habría afirmado ese griego nostálgico que lo fuera Nikos Kazantzakis.

Todo aparecerá como si fuese un segundo, ha sido así siempre, y en realidad sólo ser eso, un segundo, pero qué lento. Con cuánto dolor se sazona y con cuántas amarguras se cuece, como si viéramos nuevamente en los ojos del Can Homérico, Argos, la "negra sombra de la muerte". En un término diminuto, pero en el que ha macerado el amor desde tiempos inmemoriales, en donde se mezclan el odio, el dolor, el castigo, el crimen y la sensualidad lacerante, también la poesía y el mito, la religión, que constituyen también la poesía y el mito, la religión, que constituyen la trama de nuestra propia experiencia y el anhelo de su profundidad.

Qué lucha ésta tan incesante, tan incruenta con Dios, ha sido y será nuestra obsesión, nuestro intento personal del vivir, igualmente nuestro rechazo, pero no con el nihilismo destructor de los iconoclastas de oficio, sino con el amor de quien quiere, más que nadie, entenderlo, poseerlo. Vaya atrevimiento y vanidad, pero bien sabemos que nuestro sacrificio en el tiempo es y será precisamente esa búsqueda de lo eterno que nos tiene atados y nos comprometerá más intensamente.

Enfrentaremos lo real, no podremos como dicen sucedió al monstruoso Polifemo, al Cíclope enceguecido, que apenas si se alimentaba de pan, como en una orgía de trigo, tomó el odre del vino de Odiseo, para una vez escanciado, con sed de caliginoso desierto, caer a sus pies, plétóricos de embriaguez y demencia y dormir su propia derrota, un ardoroso vino de Marón.

Pero nosotros preferimos siempre la embriaguez del espíritu, ese espumante y sensual bocado que no nos horade, como el cíclope, el único ojo de nuestra ya incipiente ausencia de visión, ya que con nuestra razón necesitaremos ver más allá, donde el trugal se acaba, allí en donde, como el poeta dijera a su amada que le enseñara en qué lucero posaba su mirada, para decirle hasta dónde llegaba su horizonte. Necesitaremos ver el más allá, trascender será la misión en el mundo que nos ha sido encomendada.

Es cierto que hay luces que algunas veces nos iluminan, pero son opacas, son melancólicas, parecen tristes, no nos dejarán penetrar la realidad, o quizás la realidad se nos presentará oscura, se nos dará como la noche oscura del alma, de Juan de la Cruz. ¿Cómo pudo el asceta ver en la noche la luz de su interioridad? Esa será nuestra más sincera aspiración humana. Veamos esa noche oscura, macabra, por ello buscaremos a Dios en la luz como los egipcios a Ra a través de los resplandores del sol. Encontraremos al instaurador de la luz, que nos dejará entrever en los claroscuros escenarios que se repiten en nuestro interior como si fuésemos los espectadores de una tragedia muy nuestra. Ser o no ser, no fue un descubrimiento dramático del medroso Hamleth, menos aún del cisne de Avon, era, es y será el principio indescifrable de la historia de la humanidad, de la historia nuestra.

Para comprendernos, deberemos descaminar la rutina del amor y reiniciar su marcha siempre con mayor ímpetu, quizás eso lo hagamos mientras podamos vivir. Nuestro encuentro con los trágicos griegos no ha hecho sino revivirnos intensamente lo que ya sentíamos desde siempre, desde el principio del tiempo que se nos ha prestado, porque ni eso siquiera nos será propio.

¿Cómo unificar tiempo y olvido dentro de un mismo espacio espiritual? Imposible, pero Oscar Gerardo Ramos intentó una aproximación en su propia

respuesta, cuando escribió que ser hombre es ser precisamente negación del olvido. El hombre ha vivido y vivirá todas las experiencias interiores y todos los itinerarios; "En frente con la soledumbre gozosa de memorarlos y presentirlos".

No haremos objeciones al reino de las sombras, como el divino Orestes que nos servirá de guía, sino que buscaremos el reino de la luz. Será nuestra obligación espiritual. También hallaremos esa simiente fecunda que intuirá la presencia divina dentro del universo, para así entrar en el camino del dicurrir, del reflexionar y entonces meditaremos luego, en forma solitaria, manejando nuestra propia soledumbre como si penetrásemos en esos hondones del alma y encontrásemos allí el himno de una realidad tangible, la de Dios.

Cuando nos revisamos interiormente, vaya doloroso encuentro, lo haremos, siempre lo hemos hecho, todo nos parecerá semejante al canto de Homero: "Todo aparecía extraño al héroe, los anchos caminos, las seguras bahías, las escarpadas rocas, los esbeltos árboles", así es nuestro interior, como un paisaje que debemos recorrer inexorablemente, sin dejar atajos ni bosquecillos selvosos de lado. Deberemos penetrarlo, así nuestros pies se hundan en el lodo de nuestra ignominia personal, de allí saldremos engrandecidos y dispuestos a rasurar nuestra piel de los fatigosos zarcillos y del limo abundante, lo intentaremos penetrarlo así los riesgos de esos parajes desconocidos nos abruman, será el objetivo conocer ese camino para que no nos desviemos y nada pueda sorprendernos en las noches del alma, que nada nos abruma. Nos fatigaremos quizás, llegarán la pesadumbre y el desmayo. Será entonces el paisaje luminoso del alma.

Nos ha aprisionado como a nadie el problema de la muerte, su misterio insondable para las inteligencias pobres y para los espíritus frívolos, para los hombres saturados de ambiciones y de dinero, de lascivia y de rencor. Nunca hemos obtenido ante la palidez de unos ojos que nos miraron con amor o aun con indiferencia, quizás con desprecio y con deseo, pero que siempre nos siguieron recelosos para ayudarnos en nuestro caer, para detenernos en el tropezar y para querer levantarnos con sus pupilas alargadas, una ilusión del porvenir. Los recordamos cuando estamos frente a la inerte visión, la que nos ha huido, la explicación de ese minuto que define la muerte.

Somos tan endebles que en segundos pasamos, así será siempre cruzando esos dos ciclos y casi siempre se nos presentará esa dama trasnochadora y violenta, no conocemos muertes dulces, al menos para quienes miramos desde fuera posiblemente la interioridad de una Teresa de Jesús nos depare el ejemplo de un morir dichosos, los que la rodearon dejarían escapar unas lágrimas que hoy recorren el mundo de sus fundaciones. No vemos muertes apacibles ni las creemos posibles, y si nos dijeran, fuera de Teresa, que los santos murieron en apacible dulcedumbre, también, hemos pensado, ya habían pasado todo ese infierno de dolores que fueron conquistando poco a poco, para así lograr un solo momento de felicidad que se tornaría pleno, el encuentro con Dios. Igualmente se muere como siempre, nos moriremos, como siempre también infinitamente solitarios.

Y nadie tendrá el poder suficiente para detener esa mano invisible y luctuosa, será la del Altísimo que algún día levantó su dedo para crear al hombre, y que otro día lo volvió a levantar para llamarlo, allí está su cadáver, y allí ese Dios que quizás, prontamente o tal vez muy lejos, pero algún día levantará su índice para llamarnos, será nuestro destino, lo aceptaremos como final de un ciclo que nos fuera prestado y que terminamos poco a poco, pero

será nuestro deber el devolverlo, y entonces Dios será el único dueño del momento, pero como siempre moriremos solitarios, El lo ha sabido, lo sabrá. ¿Cómo ubicar esos tres tiempos en la mente siempre presente de Dios? ¡Qué difícil expresar en el tiempo nuestro la Omnisapiencia! Que limitados somos al tratar de elucubrar el instante dentro del tiempo, o nuestro tiempo con quien carece de él.

¿Cómo será? No admite discusión, la respuesta igualmente será imposible. Nos consolará nuevamente Homero, cuando nos ha narrado cómo Odisea maceró su alma y sus ánimos con los duros dolores que deja el mar a quienes lo padecen, no a quienes lo contemplan, y ello nos llevará a pensar nuevamente en qué podría entenderse como "inmensidad", o mejor decir que sería la inmensidad la que nos golpeará precisamente por indefinible, por inaprehensible, el infinito no inteligible, porque se tratará de un itinerario humano, tan pequeño, tan definido, tan delimitado que sólo encontraremos salvación dentro de la epifanía del amor.

En la travesía hacia la madurez no haremos sino buscar esa respuesta por la que indagaremos continuamente, y que no hemos obtenido aún, ese Dios incógnito, desconocido que laceró a los hombres, que laceró a Job. ¡Qué canto desgarrado el de Job! ¡Qué lamentos de aquel hombre que dormía en el estercolero!. Ese mismo Dios que mortificó a los Hebreos y que extrajo de los más profundos silencios los sollozos de Jeremías, ese mismo Dios que exasperó a David y que luego encarnó en Cristo, pero fueron y serán sus designios, como también lo fueron sus planes redentores. Pero, toda la humanidad, nosotros dentro, en ella, no los hemos podido captar en la total dimensión de su profunda repercusión humana.

Era que el sacerdote Félix Restrepo se encontraba él mismo, lacerado, mortificado, había tenido la experiencia vital de su dolor y empezaba a vivir su propia muerte, un privilegio de selección.

Había escrito su despedida, pasaría pronto del tiempo que lo circuía a una eternidad latente o presentida pero aún incomprensible, y profundamente deseaba, y trató sencillamente de explicárnosla, por ello se resuelve, lucha casi como si estuviese su alma frente a su cuerpo, se sale de ella como para verse a sí mismo, como para individualizarse, y bien sabía que muy pronto ambos conceptos, cuerpo y alma, se desprenderían para siempre el uno del otro, pero, ¿hasta cuándo? Por ello inquiere aún más.

¿Nos encontraremos de nuevo? Y su respuesta podría ser casi atomizante, destructora su búsqueda, aniquilante, en ello radica precisamente la filosofía, de pronto la ciencia misma. En ello se alimenta la teología, tan abstrusa y elusiva, pero tan definitiva para nuestro enriquecimiento y por ello en veces hemos pensado que ese infinito hallazgo de Dios no necesitará de ese puente para su reencuentro, desde el paraíso, una vez perdido, siempre será otro encuentro con El. Quizás será más simple de lo que hemos pensado.

De allí mismo han nacido los misterios de la magia. En ellos se sustentaron las pitias y sibilas desgredadas y serpentosas, aun cuando con indecisión, casi siempre con un fracaso final los más terribles y abstrusos oráculos que movieron al mundo antiguo y que lo seguirán orientando hasta su apocalíptica finalización, esos oráculos del destino que pretendieron tener comunicación con los dioses griegos.

No seríamos capaces de vivir una existencia sin la pesadumbre que la hace esencial, que le es inherente como herencia adánica. Imposible que todo

apareciese como una dicha duradera, así el universo y nuestro mundo carecerían de razón de existir, la esencia es y será el dolor, no físico sino espiritual que en veces nos estrecha y que nos cercará con inmensos sufrimientos.

Esa es la herencia adánica, ratificada en el enorme sacrificio del Gólgota. Por ello y desde los griegos podría exclamarse con Unamuno nuestra agonía cristiana, y sobre ese sentimiento trágico de la vida que sustenta nuestra llamada cultura occidental y que ya nos ha sido y nos será propicio para la reflexión.

Para estos propósitos necesitaremos paciencia, aquella por la que tanto luchó Tertuliano. La virtud de la paciencia tiene su origen y fuente en Dios Creador, que distribuye por igual a todos, justos e injustos, como los rayos del sol.

Cristo nos dio el ejemplo en su vida, sufrimientos y muerte.

El hombre podrá alcanzar la paciencia ejercitándose en ella porque "la impaciencia es la madre de todos los pecados y el demonio es su padre", al decir de Tertuliano. La paciencia sigue a la fe que no puede existir sin ella, como concluyó el padre eclesial.

Ese hombre, ese sacerdote que a su edad, se había "sentido herido de muerte" y que daba gracias al Altísimo, como si desde el mismo momento en el que nacemos no fuésemos traspasados por ese dardo agónico y pasional que nos conduce a cargar sobre nuestros hombros con el oblongo paso de un ataúd imaginario, ello de por vida, y acaso no es ese el significado que buscan ermitaños y recoletos cuando día a día cuidan su jardín y su era de vegetales para ver crecer así el alimento natural que los sostendrá en sus ánimos materiales, pero allí muy cerca día a día cavan la fosa que habrá de recibir sus cuerpos, como si la ironía del vivir se fundiera en la acción del sembrar y del cavar, como quien dice vulgarmente, de ascenso y de descenso. Todo lo anterior en estricto sentido material.

¿Cómo un unir nuestros pensamientos en aquellas lecturas de juventud sobre la vida silenciosa, de Merton, y a la nostalgia que de Dios se sintiera invadido Van der Meer de W., allá en sus huertecillos herrumbrosos? o ¿Por qué no dentro de sus almas inquisidoras? Nos producen sensación de intenso alivio, nos produjeron angustia, nos otorgarán calma.

Pero volvamos al pensador, "herido de muerte".

En ese panorama de negrura y de sombras, ni se abate ni desfallece, antes como el hombre bueno del evangelio extrae cosas buenas o mejor dicho "cosas nuevas y antiguas", como lo anotó El Mensajero (Mat. 13-52).

Y en esas cosas nuevas que no son sino la envoltura de las antiguas estará ese "yo", que nos sustenta, pero igualmente adolorido, carente de las alas que le permitan interpretarse, como si el volar espiritualmente, el trascender, fuese unido a la inteligencia, pero que sólo le permitirán saltar disformes puentecillos.

¿Cómo podríamos decir con Juan de la Cruz: "Dadme paso, que voy de vuelo"? Pero ya sería mucha la ambición de quienes no poseemos el don del atribulado avilés. Volaremos entonces trechos muy cortos, muy elementales, tal vez insignificantes, pero al fin de cuentas pensaremos en grande, que ese Dios que nos lacerará a su vez premiándonos con la inteligencia, no podrá

hacer del hombre un ser infeliz. Estará sujeto al dolor, estará aprisionado por la angustia, pero ello estaba previsto desde el más lejano lugar donde se generara al hombre. unidos a unos bellos labios de mujer, para que la raza pudiera esparcirse y cumplir su misión.

Surgirán preguntas cuya respuesta se nos hará imposible.

¿Qué hubiera sido de Dios sin el hombre?. Sé que este interrogante es atrevido, está orientado por nuestra ignorancia, Dios nos entenderá. ¿Qué de la Divina Providencia? Seguramente se nos dirá que en la infinita bondad de Dios el hombre estaba entre sus planes, que Dios no necesitará del hombre y nunca lo necesitará. Ahora empezaremos a comprender el grandioso plan de la redención, la infinita bondad del Creador.

Dios se basta a sí mismo, es la Omnipotencia, es su propia causa, pero nuevamente nuestra limitada capacidad no nos permitirá vislumbrar una respuesta y nuestra fe a veces parece extinguirse. Vamos interponiéndonos en el camino y algún día sabremos que no sólo existe una satisfacción a la inquieta y arrogante inquisición nuestra, nacida de esa interioridad que se nos dio también finita pero que en su momento se nos colmará con la plenitud de los apetitos divinos.

Pensamos nuevamente en qué grande es ese Dios que nos arrojó con la inteligencia, pero nos dejó el trabajo y el sudor que como condena paradisiaca la aumenta y la morigera. Y cualquiera de nosotros mismos, cuando regresamos a la insolencia del hombre que duda, todo ellos por conseguir el sustento y la frívola estabilidad cuando se nos ha prometido hasta el final de los milenios que ni una hoja del cielo caerá sin la voluntad de Dios. ¿Es o será ello una predeterminación, un determinismo que nos atará la voluntad y la libertad? ¿Una asfixiante vida con cadenas cercenantes que tampoco nos dejará siquiera intuir una senda libertaria en nuestro devenir espiritual?

La respuesta podría satisfacernos. Dios nos ha dado el llamado "libre albedrío", y cuando entendemos y nos preguntamos el porqué de esta dura batalla del "ser" que goza de la bendición del intelecto, mientras que los pajarillos visten multicolores plumajes y se alimentan sin preocuparse de ello, porque es una bendición de Dios. ¿Nos enseñará en ello cuán grande es su bondad y cuán arrogantes somos nosotros, simplemente porque y a cambio de los animalejos saltarines poseemos la inteligencia?

Regresemos con el jesuita apesadumbrado y, como él, no deberíamos acudir a libros para cotejar su pensamiento. Queremos un reencuentro sincero; nunca sabremos lo tan profundo de la razones que nos asistan; quizás ninguna de ellas sea tan válida, tal vez nuestra posición siempre limitada no sea más que la búsqueda de ese puerto seguro que nos conducirá hacia El, bien lo entenderá su inteligencia; gracias a El el jesuita encontró esa huella, para poder así "sentirse feliz", mientras que nosotros estaremos luchando por "ser felices". si es que ello pudiera ser posible como medida de la plenitud en este valle lacrimoso.

Buscaremos como lo hizo el emperador prognata en la soledad de los Jerónimos de Yuste tranquilidad a nuestro ánimo guerrero. Tal vez esa felicidad pudiera sustentarse en la soledad, si ella es abundante en motivaciones para el encuentro íntimo con nuestro interior, pero podría ser agobiante, casi un camino inseguro: hechos y vivencias de quienes han ascendido en santidad y en virtudes así lo han demostrado.

No creemos por ejemplo que ello sólo fuese suficiente, que el Cristo mismo hubiese sido feliz; podría argumentarse con la terminología exacta y actualizada que se realizó en su obra cristológica y que nosotros nos realizaremos en ella. Pero ésta no ha terminado, no se extingue en el tiempo como si fuera un canon que nos acompañará hasta la muerte, será al final del mundo para ir más lejos todavía, pero si examinamos su vida, las palabras en la hora de su muerte no son más que un inmenso y profundo catálogo del dolor y del desengaño y por qué no decirlo, el Salvador vio ensombrecida su existencia por la conducta de un Judas, reprochable en su avariento proceder, y mucho menos enseñará esa figura contradictoria de nuestra historia bíblica, ese Judas egoísta, megalomaniaco, con un resentimiento máximo que llevó al fracaso, pero ello no querrá decir que deje de parecernos aún mayormente dolorosa, de más intenso desgarramiento la conducta de Pedro, su negación sobre el Jesús prisionero. Y lo reprochamos porque de pronto ese dolor que rodea el desgarramiento sea más profundo que cualquiera otro, la ausencia de quien estuvo a su lado y recibió toda la confianza del Galileo, cuando vio a su maestro abandonado, cuando penetró las rejas de su prisión ya no lo reconocería; había olvidado, nunca la mano generosa se olvida; el resentimiento la cubre con un manto de silencio, que es distinto, que ese hombre que sería juzgado le había dado el agua refrescante de su espiritualidad; pero Pedro aún no la había bebido lo suficientemente, como para darse cuenta de ello. Ese Jesús que sería juzgado irremediamente, ya no podría ayudarle, sintió temor, no comprendía, de pronto nunca comprendió. Esperamos estar equivocados porque esa fue la piedra que sustentó la iglesia primitiva. ¿De quién trataba ese Nazareno vejado y triste? Su presencia, la de Jesús, podría perderlo, perjudicarlo, lo afectaba. Ese Pedro que se nos parecerá a esos amigos que siempre han circuido y circularán alrededor de los poderosos y abandonan al caído, aún más, esos seres que recogen a manos llenas el afecto y la dádiva lo piden siempre para ellos y devuelven la ración sutil que cubría en la pócima venenosa salpicada de odio. ¿Cuántas veces habremos hecho de Judas o de Pedro?

¡Qué problemas se plantea el padre Domínguez, prologuista de *Entre el Tiempo y la Eternidad*! Y realmente surgen muchos cuando bucea toda la problemática sobre la existencia de Dios y será maravillosa y consoladora su respuesta al interpretar las intenciones filosóficas y religiosas del sacerdote agonista. Allá mismo en el encuentro de lo divino con lo humano, de Dios con nosotros mismos, como precediéndonos y dirigiéndonos sin que un solo minuto podamos estar desasidos de esa mano invisible, pero seguro que nos toma, y volvemos a la reflexión y a una respuesta. Para ello se nos dio la inteligencia, nos rondará siempre, y no todos podrán encontrar ese hábito de vida anímica y espiritual, términos que suelen confundir las gentes, pero que no significan lo mismo en el campo de la trascendencia del hombre, el de poder leerse interiormente; carecen de esa capacidad, no la buscan y, por lo tanto, no han desarrollado esa intensa emoción que tiene el sorprenderse a sí mismo.

Suenan las trompetas de los ángeles anunciadores de la muerte.

Lo anterior es la ventaja, un poco, de lo existencial, el de poder suprimir esos vendajes del corazón, ascender en la vida intelectual, para que nada ni nadie pueda desviar el sendero ya iniciado.

Qué inmenso axioma ese descubrimiento de Dios dentro de nuestra profunda interioridad, y por cualquier vía expedida para ello, pero conociendo que somos apenas si seres deleznable e insuficientes para poder existir por nosotros mismos.



Si es cierto, el libro del padre Félix Restrepo descubre toda una teoría del existencialismo, un poco más allí en donde se presentan puntos de convergencia y se acude con gran precisión al uso del término de "filosofía insistencialista", como superación del ya tratinado "existencialismo" de unos Jaspers, de un Mauriac, entre los pensadores cristianos, y de un Camus, un Sartre, entre otros no tan ortodoxos religiosamente.

Pero volvamos al texto que se medita, tomado éste con el criterio de nuestra "ex-sistencia", como exterioridad propia que alimenta una filosofía del ser o una dignificación del hombre. Pero es que éste no puede estar por fuera de su propio mundo íntimo debidamente vivido, ya que el ser es fundamentalmente "egocéntrico", nunca en el sentido de una malformación de su conducta, sino como individualización que trasciende, no de adentro para afuera, como lo predicaban los defensores del existencialismo tradicional, sino como movimiento centrípeto, egocéntrico, dentro de sí mismo, mejor dicho, "in-sistere", y más aún, como bien lo analiza el prologuista, sustentando en el texto principal del P. Quiles, sobre la "Introspección, Intuición o Experiencia Insistencial".

Se centró entonces el sacerdote antioqueño en el ejercicio de las facultades mentales, bien dirigidas y con fe, para poder percibir la verdad y el fundamento de nuestra certeza, y en este plano se ha colocado el agonista pensador al redactar el testamento que reflexionamos.

Pero aparece esa concepción que nos preocupa casi siempre, como si dijéramos, el estar solos en la playa, frente a nosotros mismos, para percibir también solitariamente la extensión infinita del universo; pero a su vez, la existencia del "cuerpo", para intuir el doble ser personal, y la existencia de los demás y de sí mismo. Por ello se ha hecho necesario, se hará indispensable, fundamental, como la existencia de un puente que nos permitirá pasar de la experiencia interna a la externa y viceversa, para poder así concretar la realidad, y la respuesta será bien importante. Y es que se trata de nuestro propio cuerpo, "que es un ser intermedio": de allí la aprehensión de la totalidad del mundo externo.

Y se plantea entonces el problema realmente inquietante de si es lo mismo "ser" que "ser consciente", para la obtención de una respuesta precisa: "Antes que empezase mi vida consciente en el tiempo, poco o nada preciso, empezó mi existencia, inconsciente, y en un momento más preciso que el fugaz instante en que empezó mi conciencia" Y nuevamente se angustiara, casi percibe la existencia como un azar, como si previéramos lo peligroso que pudiera ser nuestra propia contingencia frente al plan de lo divino, pero así estaba previsto y nada lo modificará, es de una grandeza que nos abrumará. Pero se afirma: "Y mi ser individual, resultado de la unión precisa de "estas dos únicas células con "estos" determinados cromosomas", que representan la herencia de siglos, es algo tan casual, tan contingente que le produjo inmenso pavor al jesuita su descubrimiento, y el solo pensar en cuán cercano estuvo el hecho de que él quedara descarnado de la existencia para siempre. He ahí la inanidad, la insignificancia del ser contingente, pero, ¿por qué no pensamos lo contrario, cualquier teólogo lo afirmaría más positivamente, de cómo esa contingencia, ese segundo que aparece a través del tiempo que ha transcurrido, es precisamente la bendición y la escogencia que Dios ha realizado del ser desde el momento mismo de su existencia, la del hombre sobre la tierra, o de pronto caeríamos en un determinismo que podría suprimir la contingencia de nuestro nacimiento y dejarnos un poco al azar? Preferiremos, así es, así será siempre, la dirección presente y no visible de lo divino, y la prueba de ello sería, a no dudarlo, la capacidad de reflexionar un poco y de pensar otro tanto en

el aliento de la inteligencia que nos fuera dada para así diferenciarlo del ser animal, de lo no racional que complementa la creación, y de ese "intelligere" que no podría tampoco dejarse al arbitrio de la naturaleza o a la suerte que se pudiera dar para precisar ese momento entre lo racional y lo irracional o mejor entre la conciencia y la inconsciencia. Y en cierta forma, la respuesta que hemos preferido y que seguramente escogeremos siempre nos la entrega el mismo jesuita cuando escribe: "He venido haciendo uso de mi entendimiento para analizar las ideas que encuentro en mí y determinar hasta qué punto responden a la realidad", y en ese encuentro o "segundo", o instante menos que milimétrico en que empieza la existencia, como si fuera un punto del universo, un inicio del devenir o unir el tiempo con nuestra existencia, para que el mismo tiempo continúe y ello no podría dejarnos más que el profundo y sincero reconocimiento de un instante, en términos de tiempo, si fuese posible pensarlo así, de lo divino. Es y será el gran ojo de mira de esa mano de Dios, que como el dedo señalador que en hermoso fresco sixtino plasmaría Miguel Angel para representar ese encuentro entre el hombre y su Dios.

Pero, entraremos nuevamente en el agónico pensador de la orden ignaciana cuando escribió: "Heme aquí, al final de la jornada. Ya el sol se pone en occidente. Atrás quedó la tierra, delante se abre el mar de la eternidad. Mi vida ha sido fecunda. Me encuentro rico en los momentos de emprender el viaje sin regreso. Pero ¿esta riqueza del espíritu es real o es ilusoria? Y si es real, ¿es riqueza verdadera o similar?". Concluye que ya se le está pasando la vida, "y la eternidad se acerca, son propicios para hacer el inventario de lo que se encuentra en mi alma. Dios quiera iluminarme y guiarme para dejar claramente establecido lo que soy y lo que obtuve". Lo anterior nos llevará nuevamente al peregrinar de Odiseo (Ulises), sentado frente a la ribera en donde acudía a pasar horas preciosas llorando por su regreso (V-151-158). Ya compartía por necesidad sus noches como si fuera una obligación conyugal farragosa y deprimente en lo profundo de la gruta, sin deseársela él y deseándola ella. Este pasaba los días sentado en las rocas de la ribera contemplando lloroso el desolado mar. Era la pasión del medio día, la que asaltarán al hombre en su correría vital y que a su vez será presentada como la promesa del éxtasis infinito que llevará consigo ese lento desengaño de lo material, ese fuego arrollador que seguirá la línea de la esperanza, nos llevará siempre al irrevocable deseo de retornar a la serenidad de los afectos de la familia, o el apearnos aún más a esos momentos necesarios que nos permitirán meditar sobre nuestra propia muerte. ¿Acaso Carlos V no se hizo representar su propio funeral en la luctuoso oratorio de Yuste? Sí, porque en la hora de nuestra muerte todo lo demás quedará en el rezago de los días, llegó el momento irrevocable, llegará el término final, y es así y será siempre que conservemos la vida amenazante, la amargura de lo inevitable, de lo trascendente, porque será también el regusto de lo mortal.

Así empieza en nuestro concepto el más terrible desgarramiento, el más doloroso encuentro con nosotros mismos, solos como si nosotros fuésemos nuestro propio juez, sentados en un estrado de nuestra alma, sin jurados de conciencia, sin testimoniantes, sabiéndonos responsables de cada uno de los actos que hemos vivido hasta el final de nuestro tiempo, y que ahora sometidos a juicio implacable, que nos depararán la inteligencia y la vivencia interior, allí en donde el único testigo seremos nosotros mismos también. Para ello sería necesario partir desde el momento en que existamos y ello no tendrá objeciones; lo percibiremos desde el inicio y hasta cuando, y allí intervendrá nuevamente el tiempo, éste esa minúscula parte, casi indefinible, igualmente sin poderse percibir frente a la eternidad en donde estamos y en donde

haremos presencia frente a lo infinito, y que nos ha sido prestado desde el mismo momento de haber sido recibida en nuestro cuerpo el alma. ¿O desde el momento de tomar conciencia de nosotros mismos?. Pero esa conciencia no estará percibida hasta cuando empecemos a racionalizar nuestra vida, porque estará sujeta en el cuerpo y dentro del tiempo a la más grave limitación que esa materia equivalente y perecedera nos deparará.

¿Cómo encerrar un hálito de divinidad en un cuerpo material, impreciso y amorfo en su composición única? No es sino ver nuevamente ese cadáver y observaremos que le falta el alma, allí estará sin definición, como vacío, perdido en la armonía de la creación. Lo anterior podríamos responderlo académicamente y quizás dejarnos satisfechos, pero bien sabemos que no sería suficiente su respuesta final. Sólo podremos saber que esa es precisamente la fuente nutricia en que se apoyará el alma y de lo que se han nutrido y se alimentarán la inteligencia y el espíritu, sin hacer diferenciación entre ellos, y que allí estará precisamente para equiparar con un ejemplo la esencia del átomo anímico; se me admitirá ese término impropio, que pudiera definir esa unidad o ese encerramiento. Grandioso, es cierto, pero aún incomprensible. Si volvemos en nuestro apoyo al dilema shakespereano del ser o del no-ser, quedando eso sí claro y luminoso como nos responde el sacerdote: "soy", y como, antes de ahora, "ya era", sin que ese ser nuestro pueda ser instantáneo, pero que necesariamente tiene que tener alguna estabilidad. Pero, ¿desde cuándo? Y entonces surgirá el tiempo nuevamente en la respuesta, y de hecho es cierto y será así para toda la finitud prestada, una vez ese cuerpo se encuentre separado del alma, como si un anhelo de inmortalidad lo oprimiera. "Hay en el fondo de mi ser un anhelo de inmortalidad, de superación de la vida corporal", y así, será sensato concluir algo que dependerá de nuestro raciocinio. Cómo quisiéramos ser para siempre la expresión de un movimiento del espíritu, "pero que no trae consigo, necesariamente, la realidad de lo que yo deseo".

"Heme aquí a la orilla del mar. Acaba de salir el sol en el horizonte. Se difunde la luz por mar y tierra. Brilla la espuma en las crestas de las olas. Aparecen los verdes prados esmaltados de flores. Trinan las aves. Vuelan insectos en todas direcciones. La brisa susurra en el bosque. Llegan de la vecina ciudad ruidos de fábricas y trenes", y como si la vida fuese un vago sueño, como si quisiéramos aprehender la realidad consciente, con la diferencia del agrado en someter el sueño para nosotros mismos y revivirlo como imposibilidad, o gozar de la vigilia cuando nos depare esos momentos que pueden nuevamente ser vividos cuantas veces podamos quererlos. Y de allí surge otro premio, la memoria que se considera como la "facultad de la vigilia", ya que la realidad tiene presente y pasado, lógicamente habrá un futuro. En sueños se puede reconstruir hacia atrás lo que nos está pasando" y ello ratifica lo ya afirmado del puente que constituye nuestra naturaleza corporal. Ese cuerpo con todas sus facultades que lo hacen también consciente, como la vista, el olfato, el oído, etc. Y que esos sentidos tendrán que ser veraces porque ellos nos descubrirán, "la esencia de las cosas corporales".

Así, no es entonces lo mismo "ser" que "ser consciente", como ya lo habíamos anunciado antes, y el agónico pensador retornará al tema que le obsesiona. Y ese minuto de reflexión lo trastornará desesperadamente en angustia:

"Ahora sí me encuentro aterrado, al borde del misterio del no-ser. No faltó nada para que yo fuera. Mi ser individual es el resultado de la fusión de una determinada célula masculina y otra determinada célula femenina. El

cambio de cualquiera de estos elementos produce otro ser, no "el mío", y de allí que sólo podamos entrever esa inanidad, esa insignificancia del ser contingente, pero hemos pensado que una respuesta sobre el tipo de materia que nos sustenta podría llegar a ser veraz, certero, pero cuando pensamos que sobre esa contingencia en nosotros como individualidades grandeza de unicidad sí podríamos ser tan insignificantes cuando hemos sido "escogidos", a través de tan sencillo elemento de fusión celular, para que allí ronde y vivifique nuestra alma".

Acaso el poeta de la angustia y de la ebriedad, Darío, no se había acongojado por la precariedad de la existencia cuando escribiera en su "Nocturno" así:

Y el pensar de no ser  
lo que yo hubiese sido,  
la pérdida del reino que era para mí,  
el pensar que un instante  
pude no haber nacido,  
¡y el sueño que es mi vida  
desde que yo nací!

(Continuará)